



La Solución Final

06

Este programa pedagógico fue posible gracias a la cooperación entre Yad Vashem,



y



y el generoso apoyo de:

The Soref-Breslauer
Texas Foundation

La Solución Final

La llegada al campo

1.

Los objetos que nos eran caros y que habíamos arrastrado hasta allí quedaron en el vagón y con ellos, al fin, nuestras ilusiones.

Cada dos metros, un SS, con la metralleta apuntando hacia nosotros. Tomados de las manos, seguimos a la masa.

Un suboficial SS vino a nuestro encuentro, cachiporra en mano y ordenó:

-Los hombres a la izquierda. Las mujeres a la derecha.

Cuatro palabras dichas tranquilamente, indiferentemente, sin emoción. Cuatro palabras simples, breves. Sin embargo, era el momento en que me separaría de mi madre. No había tenido tiempo de pensar, cuando ya sentí la presión de la mano de mi padre: quedamos solos. En una fracción de segundo, pude ver a mi madre, a mis hermanos, ir hacia la derecha. Tzipora estrechaba la mano de mamá. Las vi alejarse; mi madre acariciaba los cabellos rubios de mi hermana como para protegerla, y yo continuaba andando con mi padre, con los hombres. Y no sabía que en ese lugar, en ese instante, me separaba de mi madre y de Tzipora para siempre. Continuaba caminando. Mi padre me tenía de la mano.

Detrás de mí, un anciano se desplomó. Junto a él un SS re enfundaba su revólver.

Mi mano se crispó sobre el brazo de mi padre. Un solo pensamiento: no perderlo. No quedarme solo. Los oficiales de las SS nos ordenaron:

-En filas de cinco

Un tumulto. Había que permanecer juntos a toda costa.

-¡Eh, chico! ¿Qué edad tienes?

Me lo preguntaba un detenido. No podía ver su cara, pero su voz era cálida y cansada.

- Todavía no cumplí quince

- No. Dieciocho

- Pero no - respondí -. Quince.

- Grandísimo idiota escucha lo que yo te digo.

Después preguntó a mi padre, quien respondió:

- Cincuenta años.

Muy furioso aún, el otro siguió:

- No, cincuenta no. Cuarenta. ¿Oyen? Dieciocho y cuarenta.

Desapareció entre las sombras de la noche. Se acercó otro con la boca llena de insultos:

Hijos de perra, ¿por qué han venido? Eh, ¿por qué?

Alguien se atrevió a responderle:

- ¿Qué se cree? ¿Que es por nuestro gusto? ¿Que nosotros pedimos que nos trajeran?

Poco faltó para que el otro lo matara.

- ¡Cállate cerdo, o te aplasto aquí mismo! Tendrían que haberse colgado allí donde estaban en lugar de venir aquí. ¿No sabían lo que se prepara aquí en Auschwitz?

¿No lo sabían? ¿En 1944?

Si, nosotros lo ignorábamos. Nadie nos lo había dicho. Él no podía dar crédito a sus oídos. Su voz se volvió más y más brutal:

- ¿Ven aquella chimenea, allá? ¿La ven? ¿Ven las llamas? (Sí veíamos las llamas) Allá, allá los llevarán. Ésa es su tumba. ¿Todavía no han comprendido? ¡Perros! ¿Ustedes no comprenden nada entonces? ¡Los van a incinerar! ¡Los van a calcinar! ¡Los van a reducir a cenizas! Su furor se volvió histérico. Nosotros nos quedamos inmóviles, petrificados. ¿Todo eso no era una pesadilla? ¿Una pesadilla inimaginable?

Aquí y allá oí murmurar:

- Hay que hacer algo. No tenemos que dejarnos matar, ir como ganado al matadero. Tenemos que rebelarnos.

Entre nosotros había algunos muchachos fuertes. Llevaban puñales consigo e incitaban a sus compañeros a arrojarse sobre los guardias armados. Un joven decía: -Que el mundo conozca la existencia de Auschwitz. Que la conozcan todos los que aún pueden salvarse de venir aquí.

Pero los más viejos imploraban a sus hijos que no hicieran tonterías.



-No hay que perder la confianza, aunque la espada esté suspendida sobre nuestras cabezas. Así hablaban nuestros Sabios.

El viento de rebelión se apaciguó. Continuamos marchando hasta una encrucijada. En el centro estaba el doctor Mengele (oficial de las SS típico, rostro cruel, no desprovisto de inteligencia, monóculo), una varilla de director de orquesta en la mano, en medio de otros oficiales. La varilla se movía sin tregua, ya sea a la izquierda, ya sea a la derecha.

Me encontraba yo ante él:

¿Tu edad? – preguntó en un tono que quería ser paternal

-Dieciocho años. – Mi voz temblaba

-¿Sano?

-Sí

-¿Tu oficio?

¿Decir que era estudiante?

-Agricultor- me oí pronunciar

La conversación no había durado sino algunos segundos. Pero me había parecido una eternidad. La varilla hacia la izquierda. Di un paso hacia delante. Quería ver primero a dónde enviarían a mi padre. Si fuera a la derecha, me habría unido a él. Una vez más la varilla se inclinó hacia la izquierda. Se me quitó un peso del corazón. Todavía no sabíamos qué dirección era la buena, si la de la izquierda o la de la derecha, qué camino conducía a presidio o al crematorio. Sin embargo, me sentía feliz: estaba con mi padre. Nuestra procesión continuaba avanzando lentamente

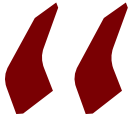
Otro detenido se acercó a nosotros:

-¿Contentos?

- Sí – respondió alguien-

-Desdichados, van ustedes al crematorio.

Parecía decir la verdad. No lejos de nosotros, de un foso subían llamas, llamas gigantescas. Estaban quemando algo. Un camión se acercó al foso y descargó su carga: eran niños. ¡Eran bebés! Sí, los vi, con mis propios ojos los vi... Niños



entre las llamas. (¿Es asombroso si desde entonces el sueño huye de mis ojos?)

He ahí pues adónde íbamos. Un poco más lejos habría otro foso más grande para los adultos. Me mordí los labios: ¿vivía aún? ¿Estaba despierto? No podría creerlo. ¿Cómo era posible que se quemara hombres, a niños, y que el mundo callara? No, todo eso no podía ser verdad. Una pesadilla... Pronto despertaría sobresaltado, latiéndome el corazón y me encontraría en mi cuarto entre libros...

La voz de mi padre me arrancó de mis pensamientos:

-Lástima...Lástima no hayas ido con tu madre... He visto niños de tu edad que se iban con su madre...

Su voz era terriblemente triste. Comprendí que no quería ver lo que iban a hacer conmigo. No quería ver quemar a su único hijo varón.

Un sudor frío cubría mi frente. Pero le dije que no creía que quemaran hombres en nuestra época, que la humanidad no lo habría tolerado....

-¿La humanidad? La humanidad no se interesa por nosotros. Actualmente todo está permitido. Todo es posible, hasta los hornos crematorios....-contestó con voz ahogada.

-Padre – continué -, si es así, no quiero esperar más. Iré hacia las alambradas electrificadas. Es mejor que agonizar durante horas entre las llamas.

No me respondió. Lloraba. Su cuerpo se sacudía en un temblor. A nuestro alrededor todos lloraban. Alguien se puso a recitar el kadish, la oración de los muertos. No sé si ya ha ocurrido, en la larga historia del pueblo judío, que los hombres reciten la oración de los muertos para sí mismos.

-Yizgadal veyiskadash shmé raba.... Que Su Nombre sea alabado y santificado...- murmuró mi padre. Por primera vez sentí crecer en mí la protesta- ¿Por qué debía santificar su nombre?

El Eterno, El Señor del Universo, El Eterno Todopoderoso y Terrible callaba, ¿por qué tenía que agradecerle?

Continuábamos andando. Poco a poco nos acercábamos a la fosa de la que se desprendía un calor infernal. Veinte pasos aún. Si quería darme muerte, ése era el momento. A nuestra columna sólo le faltaba dar unos quince pasos. Me mordí los labios para que mi padre no oyera como me temblaban las mandíbulas.



Diez pasos todavía. Ocho. Siete. Andábamos lentamente, como si siguiéramos detrás de un coche fúnebre, siguiendo nuestro propio entierro. Sólo cuatro pasos. Tres pasos. Ahora estaban muy cerca de nosotros el foso y las llamas. Reuní todas las fuerzas que me quedaban para saltar de las filas y arrojarme contra las alambradas. En el fondo de mi corazón, me despedí de mi padre, del Universo entero, y a mi pesar, se formaron y brotaron de mis labios, en un murmullo las palabras Yizgadal veyiskadash shmé raba.... Que Su Nombre sea alabado y santificado.... Mi corazón iba a estallar. Eso era. Me encontraba ante el ángel de la muerte...

No. A dos pasos del foso, nos ordenaron doblar hacia la izquierda, y nos hicieron entrar en una barraca. Estreché fuertemente la mano de mi padre y él me dijo:

-¿Te acuerdas de la señora Schächter, en el tren?

Elie Wiesel, "Trilogía de La Noche", Grupo Planeta, Barcelona, España, págs. 39-44.

2.

Escrito con lápiz en el vagón sellado / Dan Pagis, 1991

Aquí en este vagón
soy Eva
con mi hijo Abel.
Si ves a mi otro hijo,
Caín, hijo del hombre,
dile que yo



Judios bajan del tren en la rampa de Birkenau, 1944

Archivo fotográfico de Yad Vashem 268_4